

## ¡Que Grado viva!

**Manuel Campa**

Desde la puesta en servicio del último tramo, Oviedo-Grado, de la nueva autovía del occidente, y aunque todavía mantiene la doble dirección o sentido en los últimos Km., se ha convertido en un lugar común decir que, a partir de ahora, Grado es un barrio de Oviedo. Afirmación que, aunque en buena medida resulta innegable, no deja de ser un tanto exagerada. Es verdad que la proximidad de los dos lugares es ahora máxima: apenas se sale de Oviedo ya se siente la presencia de Grado, y, al regreso del suroccidente, al llegar a la villa moscona, cree uno estar entrando en la capital. Es decir, la inexactitud de sostener que Grado es, a partir de ahora, un barrio de Oviedo no se debe tanto a la falta de proximidad cuanto a que, en algunos aspectos, puede ser Oviedo, en el futuro, un barrio de Grado. Por ejemplo, el mercado dominical moscón – por el que tanto lucharon, desde la Edad Media, los vecinos del Concejo- puede consolidarse como “la despensa de Oviedo”, tal como fue conocido en el pasado. Probablemente, sólo falta que se resuelva el problema del aparcamiento en la villa, para que puedan acceder con comodidad los numerosos visitantes que, presumiblemente, se incrementarán en las mañanas dominicales. Hace un siglo, un cronista de Grado hablaba de los “concurridísimos y abundantes mercados” de la villa moscona, famosos por los buenos productos de la tierra y el buen ganado –en todos los sentidos- y favorecidos, ya entonces, por su proximidad a Oviedo. Si bien es cierto que algunos cultivos de la tierra han ido a menos, otros gozan de buena salud, teniendo una presencia destacada productos como el queso afuega'l pitu, en cuya recuperación Grado y Morcín se llevan la palma, después de atender a las exigencias sanitarias que postuló, hace más de veinte años, el Consejero Vigil. Fiestas y romerías... ¡todos los días! En cuanto llega la Pascua, vienen la 1ª Flor y la 2ª Flor, y, con el verano, Santiago y Santa Ana. Los niños asturianos, cuando pasan por Grado y perciben el ambiente festivo, piden a los padres quedarse a vivir allí. Y pocas personas, ya maduras -¡qué se va hacer!- habrá que no hayan bailado, en su juventud, en el Majjeco, el más famoso salón de baile del centro y occidente en los años cincuenta y sesenta. Ya no será posible que se reabra el Majjeco, porque “en los nidos de hogaño no crecen los pájaros de antaño” –como señaló el ingenioso hidalgo-, pero, ¿por qué no esperar que Grado, más cerca del centro y, pronto, más cerca del occidente, vuelva a ser el centro festivo por excelencia? El día que se concluya la autovía del suroccidente, Grado recuperará todo su significado tradicional como primera puerta y primer lugar occidental. Todavía los moscones dicen “¡de nos probes!”, cuando les salen las cosas mal, y se llaman, unos a otros, “nin” o “nina”, como en cualquier pueblo situado entre el Nalón y el Navia. Cuando un coro de Grado ensayaba el “Canto al mieu pueblo”, con letra de la escritora occidental Eva González Quevedo, el director del coro quedaba asombrado de la extraordinaria facilidad con que los cantantes y las cantantes asimilaban la letra: operaba, sin duda, la memoria histórica, ya que los padres y abuelos de aquellos jóvenes habían hablado bable occidental, aunque ahora esté como tapado por la apabullante proximidad del centro de Asturias.

En la desaparecida mili, en cuanto se juntaban en la cantina dos o tres de Grado –“buen paisanaje y valiente”, como se dice en una copla-, revivían la famosa canción, recogida por Torner en su Cancionero:

¡Que viva Grado, que Grado viva,  
que viva Grado toda la vida!